

Cataluña

EL ERROR DE ROJAS MARCOS

MANUEL CAMPO VIDAL

DENTRO de algunos años, cuando los historiadores se ocupen del periodo de la restauración democrática española, entre las elecciones de personajes políticos, no podrán olvidar el de don Alejandro Rojas Marcos por su doble importancia: la de innegable sensibilizador de la conciencia andaluza —que la artrosis inicial del PSOE y del PC en Andalucía tardaron un precioso tiempo en hacer suya— y junto a ello su papel de introductor de la confusión en el delicado momento de la restauración autonómica de Cataluña y del País Vasco, reencamando en cierto modo la deplorable figura política de don Alejandro Lerroux.

Alega don Alejandro Rojas que lo suyo no puede ser un lerrouxismo actualizado, porque el lerrouxismo se hacía desde Madrid —¿y qué más da si los efectos son los mismos—. Además, porque él se aproxima al tema desde una perspectiva de izquierdas. Aparte de que don Alejandro Lerroux decía una cosa similar: el situarse verbalmente en la izquierda o en la derecha no deja de ser siempre una simple definición; y corresponde a la realidad práctica ofrecer datos que contribuyan a justificar esa afirmación. En ese sentido el regocijante silencio con que las derechas catalanas observan las evoluciones de Alejandro Rojas Marcos por periódicos y emisoras varios, más bien confirma que, desde la posición que quiera, don Alejandro está prestando un valioso servicio a la burguesía catalana. Lástima para esa burguesía que los efectos de las constantes y cada vez más agrias declaraciones encuentren mayor expectativa de eco en los resortes reaccionarios presentes en Cataluña que entre los sectores de nuevos catalanes nacidos en otros puntos de España.

Debe olvidar o desconocer Alejandro Rojas que Cataluña ha sido históricamente y es, como zona de paso, un crisol de comunidades; por más que el franquismo tratase de dejar atado y bien atado el recurso al enfrentamiento negando todo mecanismo de integración y poniendo las bases ideológicas

para que el choque fuese inevitable, ahora, en las peores condiciones, tampoco va a estallar el polvorín pacientemente construido por más incendiarias que sean las declaraciones de Alejandro Rojas o los libros de Federico Jiménez Losantos. Y no va a haber explosión porque el potente movimiento obrero catalán se ha encargado de trazar con fuerza una línea divisoria entre unos catalanes y otros que no se corresponde con la línea de división señalada por el idioma. En las grandes fábricas y los pequeños talleres se han destruido en gran medida a través del movimiento obrero las posibilidades de enfrentamiento entre dos supuestas comunidades y al mismo tiempo ha crecido un "factor confianza": confianza que empieza por el sentimiento de que no hay ciudadanos de primera y de segunda clase; confianza de que la autonomía no es un arma de los nacidos en Cataluña contra los que no lo son; confianza también de que existe un sentimiento de solidaridad entre unos pueblos y otros de España.

Se equivoca; se equivoca lamentablemente Alejandro Rojas Marcos cuando compara Cataluña y el País Vasco con Alemania, como si un andaluz pudiera vivir en las mismas condiciones en Cornellá, en Baracaldo o en Stuttgart.



Frente a sus infundadas acusaciones pronunciadas con todo lujo de proteccion dialéctica, sólo los máximos dirigentes de los socialistas y comunistas catalanes han respondido discretamente a Rojas Marcos. "No queremos polémica", ha dicho el doctor Antonio Gutiérrez Díaz, nacido en Premiá de Mar, como Jordi Pujol, pero hijo de una comunista de Antequera y un anarcosindicalista de Málaga. "Que le respondan los andaluces", ha dicho Joan Reventós. Detrás de ellos, el presidente del PSUC, Gregorio López Raimundo, natural de Tauste, y otros diputados catalanes: el leonés Luis Fuertes, el granadino Juan Ramos, el malagueño Martín Toval, el manchego Cipriano García, el madrileño Miguel Núñez, el asturiano Carlos Cigarrán, etcétera, forman parte de ese factor de confianza construido por los trabajadores catalanes que pasa ahora también por todos y cada uno de los Ayuntamientos. "Cuando leo las declaraciones de Rojas Marcos sobre la marginación de los inmigrados —ha dicho a TRIUNFO el dirigente nacionalista Joan Comudella— me río mucho junto con mi compañero Juan Ignacio Pujana, que no habla catalán y es alcalde socialista de Hospitalet, segunda ciudad de Cataluña y novena de España".

Dos pecados capitales

Amenaza Alejandro Rojas Marcos con la posibilidad de presentar una candidatura a las próximas elecciones para el Parlamento catalán. Independientemente de que la base de su partido estuviese dispuesta a equivocarse con él, lo que todavía está por ver, y lo prueba el que la dirección del PSA todavía no se ha pronunciado sobre ese tema, la candidatura que impulsase Rojas Marcos debería vencer los efectos negativos de dos pecados capitales que el electorado catalán no olvida: en primer lugar, el haber prestado su apoyo junto con Coalición Democrática para que Adolfo Suárez lograra su investidura cuando ni siquiera la minoría catalana y la minoría vasca se atrevieron a hacerlo ante la ne-

gativa ucedista a un debate previo. "Es un sapo que hay que tragar", dijo entonces Alejandro Rojas Marcos. La opinión pública catalana, desde luego, tiene todavía atragantado aquel voto. Pero, junto a ello, en Cataluña no se olvida que cuando el andalucista José Acosta Sánchez concurre a las elecciones del 15 de junio se alineó en una candidatura que más bien tendría que ver con la burguesía catalana que con los inmigrantes andaluces. Efectivamente, Acosta figuró en las listas junto a Jordi Pujol y Ramón Trías Fargas y no en la lista socialista ni en la comunista. Podría alegar Acosta que no se le permitió su entrada en esas listas, aunque no existe constancia de que se hubieran entablado conversaciones para ello. Pero, ¿por qué el nombre de Rojas Marcos en Cataluña no figuró entonces en la candidatura de Unidad Socialista, como el PSA hizo en Andalucía junto con los seguidores del profesor Tierno Galván? También entonces se dijo algo así como que "se trataba de un sapo que había que tragarse". Pero tampoco entonces la opinión pública catalana se lo tragó.

Si el PSA siguiendo a Rojas Marcos decide acudir a las legislativas catalanas no es descartable que supere el 3 por 100 mínimo exigido y obtenga algún escaño. Con la ilusión de que ese escaño lo perdieran socialistas y comunistas, incluso algún sector de la burguesía catalana, estaría dispuesto probablemente a financiar la campaña. Pero habría que preguntarse después de dónde salieron esos votos, si de los trabajadores andaluces supuestamente marginados en Cataluña, según asegura Rojas Marcos, o de todos aquellos enemigos de la autonomía catalana, que no son precisamente andaluces y que encuentran base en sectores de funcionarios, maestros y pequeña burguesía urbana con inclinaciones derechistas, que han suspirado por ver aparecer un partido lerrouxista a través del que expresar un anticatalanismo y que confundirían ahora ese deseo con el digno nombre del Partido Socialista de Andalucía. ■